

## **5. Cuando la evolución humana se colorea de violeta**

**Carolina Martínez Pulido**

*Profesora de Biología jubilada de la ULL*

*La historia de la ciencia tradicionalmente se ha construido excluyendo la autoría femenina, incluso en los casos en que ha estado asociada a grandes descubrimientos. Tal contexto ha contribuido a afianzar un tópico profundamente arraigado en nuestra cultura: «la ciencia no es cosa de mujeres». El resultado no podía ser otro que alimentar un lamentable sesgo androcéntrico que ha magnificado la figura del varón hasta el punto de identificar lo masculino con lo humano en general. Sirva de ejemplo ilustrativo la expresión «hombre» para incluir a toda la humanidad.*

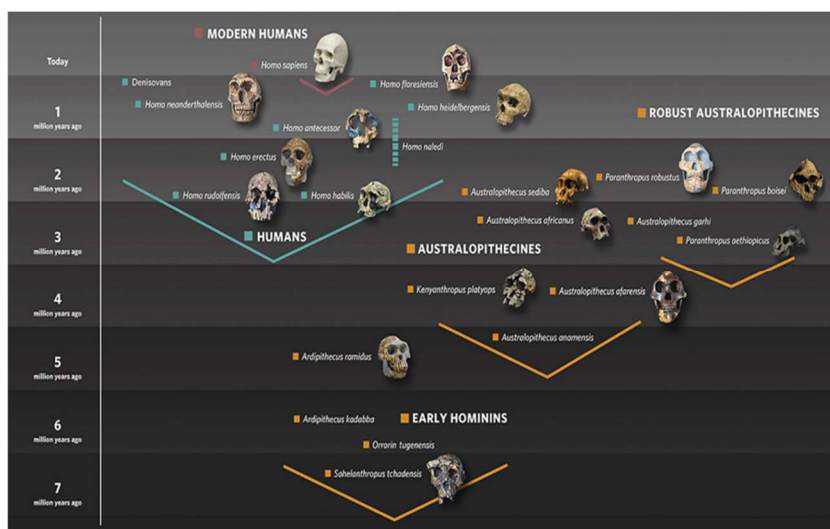
*Los estudios sobre la evolución humana no han permanecido ajenos a esta visión convencional, por lo que rescatar el protagonismo femenino resulta imprescindible para comprender mejor el inclusivo gran tema de nuestros orígenes. Una perspectiva que, afortunadamente, los nuevos descubrimientos interdisciplinarios están logrando equilibrar, al demostrar que este campo de trabajo, como tantos otros, no es un ámbito exclusivo de autores masculinos, aunque muchas veces en los ecos del debate así lo parezca.*

*Desde mediado el siglo pasado, una parte significativa de los modelos propuestos para desenmarañar los orígenes de la humanidad han sido aportados por destacadas científicas que, con su rigor y constancia, han abierto líneas de trabajo y fecundos caminos. En un mundo tradicionalmente dominado por los hombres, muchas de ellas están logrando torcer el pulso y*

recuperar un espacio que hace ciertas las acertadas palabras de Carmina Virgili: «las mujeres solo queremos la mitad del mundo que nos corresponde». No existen evidencias de hegemonías evolutivas entre sexos.

## Introducción

Al igual que el resto de los organismos vivos que pueblan nuestro planeta, el ser humano es también producto de la evolución biológica. Es decir, del cambio que desde uno o unos pocos antepasados comunes y a través de miles y miles de generaciones, ha dado lugar a la enorme biodiversidad que hoy contemplamos. Esta complejidad se ilustra siguiendo el modelo de un árbol o arbusto copiosamente ramificado, en el que nuestra especie, *Homo sapiens*, ha sido una de las últimas en originarse (Fig. 1).



**Fig. 1.** La evolución humana se ilustra siguiendo el modelo de un árbol profusamente ramificado.

La **paleoantropología** es el ámbito de trabajo multidisciplinar que tiene como fin estudiar la evolución humana. Se mueve en un entorno que ha sido, y sigue siendo, sumamente polémico al estar agitando constantes debates, discusiones y propuestas surgidas a medida que se van descubriendo nuevos datos. Las interpretaciones resultantes pueden ser diferentes de las ya conocidas y los alineamientos tras los nuevos enfoques despiertan discusiones más o menos acaloradas.

Los múltiples hallazgos sobre los antepasados lejanos de la humanidad moderna, han puesto en evidencia no solo que el mundo relacionado con nuestros orígenes es terriblemente complejo, sino que además ha estado, y en cierta medida sigue estando, sobrecargado con un considerable sesgo de género. Esto es lo relevante. Los investigadores pioneros del tema, cierto es, fueron mayoritariamente hombres que optaron por otorgar a las mujeres un papel muy poco destacado, configurando un contexto sexista de alta subjetividad (Slocum, 1975). Este es el gran error analítico.

A partir de la década de los años setenta del siglo pasado, empezaron a salir a luz pública numerosos trabajos con perspectiva de género denunciando el sesgo masculino presente en el discurso científico en general y en el biológico en particular. Sus resultados han impulsado y potenciado con fuerza la urgente necesidad de eliminar los modelos de índole patriarcales que privilegian a un sexo sobre otro, e incorporar al sexo femenino en el proceso evolutivo humano. Como ha recordado la acreditada historiadora Gerda Lerner: «La ignorancia de su propia historia [...] ha sido una de las principales formas de mantener a las mujeres subordinadas».

### **La ciencia no es neutra**

La ciencia es un producto de la actividad humana, y justamente por esto no es tan aséptica y neutral como se nos ha hecho creer. Más bien al contrario, la actividad científica tiene detrás toda una carga ideológica y cultural que se ha debatido ampliamente en numerosos foros a lo largo de las últimas décadas. No es este lugar para entrar en tan interesante polémica, pero conviene traer a colación las palabras de la prestigiosa bióloga Ruth Hubbard (1979): «no existe tal cosa: una ciencia que sea totalmente objetiva y esté libre de valores» (Fig. 2).

Fijando la atención en el caso de las mujeres, vale apuntar que la ciencia ha presentado y presenta acusados sesgos de género que han provocado que muchos de sus conocimientos más rigurosos estén distorsionados por la ideología androcéntrica, esto es, centrada en la figura del varón, dominante en nuestra cultura. Si se constata, y así es, la contribución femenina al acervo científico, ¿se va a negar o relegar ese aporte?

Sin remontarnos demasiado atrás en la historia, valga recordar que esta situación viene rengueando desde un pretérito considerable. En los siglos XVI y XVII, tuvo lugar en Europa la llamada «revolución científica», del Renacimiento, definida por un conjunto de profundas transformaciones culturales, económicas, sociales y políticas que marcaron el nacimiento de la ciencia moderna (Pérez Sedeño, 1999). Los nuevos aires de esta revolución también llegaron a la historia natural, que englobaba el inventario, descripción y estudio de la naturaleza integrada por animales, vegetales y

minerales. Esos cambios analíticos alcanzarían asimismo a la interpretación del lugar del ser humano, el llamado hombre, en el cosmos.



**Fig. 2.** Ruth Hubbard (1924-2016). Prestigiosa bióloga estadounidense que ha afirmado: «no existe tal cosa: una ciencia que sea totalmente objetiva y esté libre de valores».

Antes de continuar, quisiera hacer unas breves puntualizaciones interpretativas. En primer lugar, creo obligado traer a la palestra el uso convencional, tradicional y mutilador de la palabra *hombre*. La mayor parte de la literatura, científica o no, ha pretendido utilizar este término como si fuera sinónimo de humanidad. Sin embargo, comparto la opinión de quienes sostienen que tal sinonimia no es cierta, y sí muestra un desvarío notable. Se ha constatado que, por lo general, hombre significa varón, y la prueba está en

que cuando los escritos buscan precisar y hacer referencia a todos los seres humanos incluyen expresamente la palabra mujer.

El problema, además, no se queda aquí; el uso de *hombre* como un supuesto genérico ha provocado, y provoca, no pocas confusiones, pues da la impresión de que las mujeres no existiesen, como si de alguna manera hubieran estado ausentes o en un limbo de espera en el complejo proceso de reconocimiento sobre los orígenes y de la historia humana. Como ha señalado María Ángeles Querol, catedrática de prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, junto a otras expertas, «cuando se hace historia utilizando un lenguaje en masculino, las mujeres del pasado se convierten en inexistentes, y además se afianza la clásica y dañina oposición entre lo masculino visible y activo y lo femenino invisible y pasivo» (Fig. 3).



**Fig. 3.** María Ángeles Querol, acreditada catedrática de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, ha subrayado: «cuando se hace historia utilizando un lenguaje en masculino, las mujeres del pasado se convierten en inexistentes».

En suma, la aceptación generalizada del uso de la palabra hombre, tanto para nombrar a la especie humana en su totalidad como para designar a los miembros del sexo masculino, ha potenciado lo que hoy se define como invisibilidad femenina (Querol & Triviño, 2004).

Cabe también añadir en este sentido que, a lo largo de la historia, han sido mayoritariamente los hombres quienes han tomado la decisión de elegir qué acontecimientos merecen ser investigados y cuáles no, mientras que las

mujeres (al menos en la historia oficial), se han visto desplazadas a un plano muy secundario debido a su minoritaria participación en las tareas y los centros de las actividades científicas. El corolario, como acertadamente denunciaba en 1977 la escritora feminista Adrienne Rich, «el mundo que ellos han descrito no es el mundo completo».

### **La evolución humana: un ejemplo de invisibilidad femenina**

Desde el mismo momento en que la teoría de la evolución fue conocida por la comunidad científica, el naciente ámbito de la paleoantropología reveló una considerable complejidad, fuente de acalorados debates y múltiples desavenencias, que han perdurado hasta el presente.

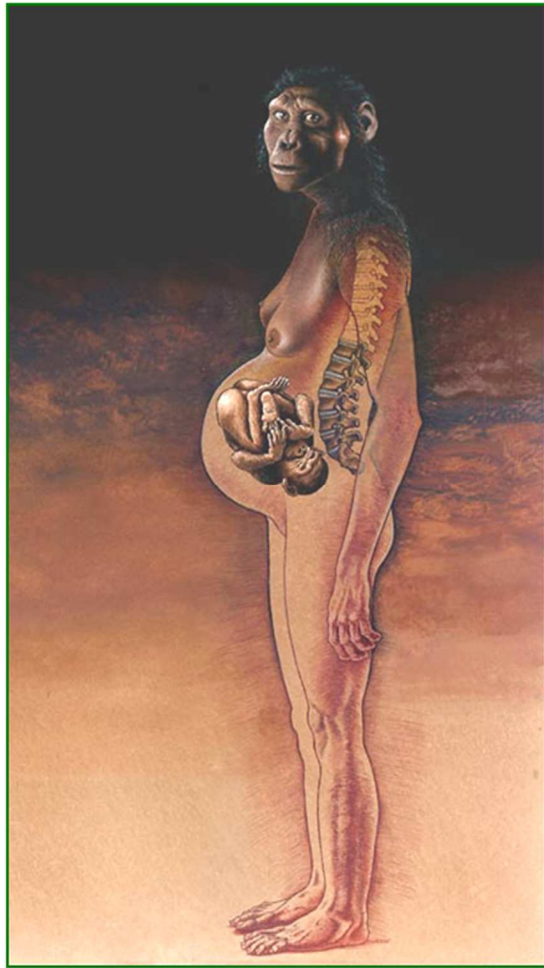
Básicamente, el tema está sujeto a discrepancias porque se trata de un aspecto del pensamiento biológico con tendencia a la subjetividad, algo que, por otro lado, hoy en día se reconoce a prácticamente todo trabajo científico. Pero, además, la interpretación de los orígenes humanos se ha visto profundamente influida por un desmedido sesgo de género. Aclaremos que con el término «género» hacemos referencia no sólo a las diferencias biológicas entre uno y otro sexo de la especie humana, sino también a las diferencias sociales y culturales atribuidas a las personas en función de su sexo (Gómez, 2004).

La paleoantropología es una disciplina científica que nació como tal en el cambio del siglo XIX al XX y, hasta la década de 1970, sostuvo que la interpretación de nuestra historia evolutiva ha mostrado sin reparos un descarado androcentrismo. Pese a la gran variación de modelos explicativos propuestos, durante largos años los estudios sobre evolución humana han presentado un denominador común: otorgar al sexo femenino un papel muy poco relevante en tan significativo proceso.

Los estudiosos convencionales consideraron a las mujeres como simples participantes pasivas en el cambio evolutivo, y se limitaron a relegarlas al papel de parir, alimentar y cuidar a sus crías (Fig. 4). Mientras que, por el contrario, los hombres fueron descritos como responsables de muchas de las innovaciones que nos definen como humanos. Entre sus aportes, por ejemplo, el surgimiento del andar bípedo, el agrandamiento del cerebro, la fabricación de herramientas, la comunicación cooperativa o la representación simbólica (Hager, 1997).

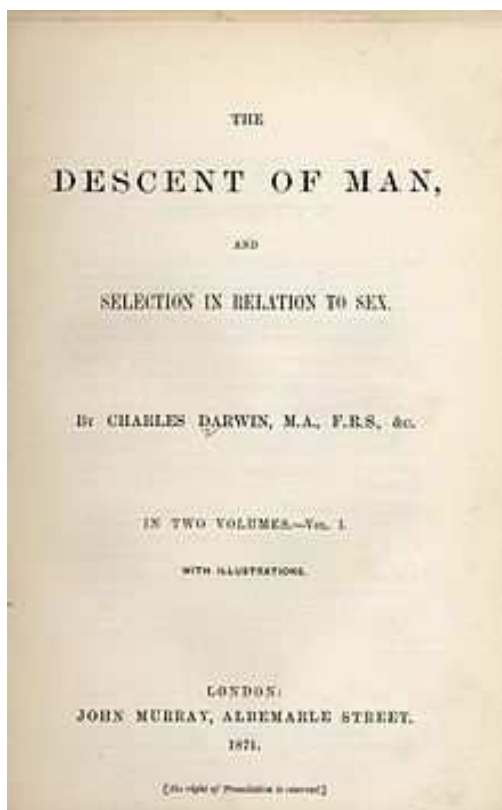
No debe, por lo tanto, extrañarnos que las investigaciones relacionadas con nuestra evolución hayan arrastrado enfoques teóricos, y aún lo hacen, cargados con el convencional sesgo sexista que durante siglos ha impregnado al mundo académico y a los modelos que produce. En realidad, los estudios

evolutivos no se han movido en el vacío, sino inmersos dentro de la misma línea que la historia cultural humana y de su envolvente contextual.



**Fig. 4.** En el proceso evolutivo humano, las mujeres fueron relegadas al único papel de parir, alimentar y cuidar a sus crías.

Cabe señalar que ese sesgo androcéntrico que ha lastrado a los estudios sobre nuestros orígenes y evolución ha estado presente desde que Darwin colocó a la humanidad dentro del marco evolutivo. El reconocido y admirado padre de la teoría de la evolución, siguiendo una tradición que venía de antiguo, admitió sin reparos, al menos públicamente, la superioridad del hombre frente a la mujer como una característica indiscutible de la naturaleza (Fig. 5). ¿Tenía evidencias empíricas o principios culturales?



**Fig. 5.** Charles Darwin (1809-1882), siguiendo una tradición que venía de antiguo, admitió sin reparos, al menos públicamente, la superioridad del hombre frente a la mujer como una característica indiscutible de la naturaleza.

El segundo libro más importante del autor británico, *El origen del hombre* (1871), generó entre la comunidad científica y en la sociedad en general, tanto en la época en que se publicó como con posterioridad, un alud de discusiones y un sinnúmero de réplicas. No obstante, en lo que respecta a la situación de las mujeres, salvando las últimas décadas, casi no hubo polémicas que alcanzaran al gran público, sino una tácita aceptación mayoritaria de las tesis darwinianas. Algo paradójico cuando se apunta a una «revolución científica». En realidad, tampoco debe extrañarnos demasiado puesto que dichas tesis apenas cambiaron las concepciones dominantes y casi nadie se sintió, al menos abiertamente, ofendido o sorprendido ante el contenido sexista de la obra de tan afamado autor (Joly, 1997).

En la actualidad, aunque considerablemente menos extendido que antaño, el androcentrismo de fondo y no epidérmico, todavía persiste. Y no se trata de una anomalía marginal. Como tan bien ha señalado la citada

Adrienne Rich: «la objetividad es el nombre que se da en la sociedad patriarcal a la subjetividad masculina».

### **La ciencia también arrastra sus mitos**

Las diferencias naturales entre mujeres y hombres forman parte de jerarquías de desigualdad, de escalas de rango en las que invariablemente lo femenino ha ocupado históricamente un lugar inferior a lo masculino. Coherentes con tales convicciones, la mayor parte de los pueblos del mundo ha asociado las actividades masculinas al poder y al prestigio, asignando a las femeninas la subordinación y baja estima. Estos criterios también han estado presentes a la hora de interpretar nuestro pasado lejano, de tal forma que la biología evolutiva, en no pocos casos, ha seguido caminos donde prejuicios y sexismo se dan la mano (Martínez Pulido, 2012).

Los contextos de alta subjetividad, sin embargo, han sido siempre difíciles de eludir en las disciplinas que estudian los antepasados lejanos de la humanidad moderna. Prueba de ello es el célebre y androcéntrico *modelo del hombre cazador* y el protagonismo sin igual que ha alcanzado, tanto entre los expertos en el tema como a nivel popular. De hecho, pese a que para muchos tal modelo está ya científicamente desfasado, para otros aún es válido y mantiene tal arraigo que, en demasiadas ocasiones, sigue lastrando con distorsiones borrosas el pensamiento colectivo. Por esta razón nos parece de interés recordarlo sucintamente.

### **El hombre cazador**

Las múltiples incógnitas que rodean los orígenes de la humanidad se han ido desvelando parcialmente gracias a la interpretación de restos muy antiguos que nuestros antepasados nos han ido legando, como si fueran pequeñas señales que sirven de guías ante las rutas de un tortuoso camino. Normalmente esos escasos restos consisten en fósiles o herramientas los cuales suelen encontrarse fragmentados, incompletos o altamente deformados en yacimientos mal conservados o semidestruidos (Fig. 6).

Tales carencias desafían al trabajo de los y las especialistas, que deben enfrentarse con frecuencia a importantes y a veces insalvables dificultades para certificar una correcta interpretación. No puede extrañar, entonces, el recurso a la subjetividad, esto es, a los propios prejuicios de los actores que manejan los datos o indicios y que deducen situaciones acordes con la época. Coste que representa un mal menor, dado que en la grandeza de la ciencia está la corrección de sus propios errores. No es superable esa humildad de los ensayos de prueba y error, y seguir persistiendo con aptitud receptiva.

Un problema primordial al que se enfrenta la comunidad especializada consiste en evitar que las realidades culturales contemporáneas de quienes investigan contaminen la interpretación del pasado (Adovasio *et al.*, 2007). Asunto que, todo sea dicho, es consustancial a las disciplinas que tratan de reconstruir un pretérito remoto sin disponer de inventarios completos con «pruebas contundentes» de lo relevante.



**Fig. 6.** Las múltiples incógnitas que rodean los orígenes de la humanidad se han ido desvelando parcialmente gracias a la interpretación de restos fósiles.

En este contexto, la supuesta superioridad del hombre sobre la mujer ha estado tan profundamente arraigada en el pensamiento de los y las especialistas que durante un larguísimo tiempo no dudaron en considerar que la evolución de la humanidad ha sido producto de una actividad exclusivamente masculina, una teatralización impactante: la caza colectiva de grandes animales; épica del poderío exclusivo de los «machos» (Fig. 7). Escena que nos trae a la memoria el acertado comentario de Margrit Eichler, socióloga experta en estudios de igualdad, quien subrayaba en 1988 que el androcentrismo constituye una de las principales formas de sexismo, bajo la cual las mujeres son vistas como sujetos pasivos de la historia, dando como resultado «la construcción del actor como macho» (Eichler, 1988).



**Fig. 7.** Modelo del hombre cazador. Durante un larguísimo tiempo la comunidad especializada no dudó en considerar que la evolución humana ha sido producto de una actividad exclusivamente masculina: la caza colectiva de grandes animales.

La difícil y compleja labor de cazar en grupo habría generado una excelente coordinación y cooperación entre quienes la practicaban. El esfuerzo para llevar a cabo con éxito tan peligrosa actividad, sumado a la tensión generada entre cazadores y animales, habría sido la causa inductora del desarrollo de las principales características que nos definen como

humanos (el andar bípedo, el desarrollo de un gran cerebro, la fabricación de herramientas o la capacidad de hablar). Sin olvidar que la carne, también a lo largo de mucho tiempo, se ha considerado un componente fundamental y casi único de la dieta del linaje humano (Slocum, 1975).

Cuando, en algunas ocasiones, quienes defendían el modelo decidían registrar cuál era el papel femenino, señalaban que ellas se limitaban a esperar pasivamente a que los hombres le trajeran la carne de sus presas para alimentarse a sí mismas y a sus crías, y por tanto su contribución al surgimiento de las características que definen a un humano fue mínima. Simplemente transmitían a la descendencia aquellos rasgos que los machos habían logrado adquirir con tanto esfuerzo. La persecución y captura de animales acabó entonces por convertirse en la actividad que mejor plasmaba la agresividad y la fuerza masculina, hasta el punto de identificar un sexo con toda la humanidad.

Por esta senda, el modelo del cazador fue aceptado sin mayores dificultades como el motor del proceso evolutivo humano, permaneciendo firmemente implantado tanto en la mentalidad académica como en el imaginario popular. Las luchas y tribulaciones de los cazadores excluían a las mujeres y, por lo tanto, los hombres fueron «la estrella» de esta fantástica película.

Valga señalar aquí que las mujeres científicas han participado, aunque en un número menor que los hombres, en los estudios de la evolución humana; no obstante, hasta hace relativamente poco tiempo, también se han ajustado al pensamiento dominante. Incluso ahora, en el siglo XXI, todavía quedan estudiosos y algunas estudiosas que siguen aseverando, de manera incontestable, que nuestro intelecto, intereses, emociones e incluso vida social básica han sido producto de la adaptación masculina a la peligrosa captura de grandes animales. Un recuerdo de la «fuerza», si lo fue, como reconocimiento de poder y dominio.

Sin embargo, en un creciente sector de la comunidad especializada está cobrando cada vez más fuerza otra perspectiva: las cacerías donde los hombres prehistóricos provistos de rudimentarias herramientas abatían enormes bestias, probablemente nunca ocurrieron en la realidad (Adovasio *et al.*, 2007).

Especialistas, claramente insurgentes, que tienen la valentía de revisar y librar una lucha contra las imágenes estereotipadas de las sociedades arcaicas, están subrayando que no existen suficientes pruebas científicas, ya sean las anatómicas, como la morfología de la dentadura o la corpulencia física; o bien las de carácter cultural, alusivas a la posesión de armas eficaces, que apoyen la existencia en un lejano pasado de poderosos cazadores. No se niega su destreza y valentía, sino ese hiperbólico imperio.

La centralidad masculina a lo largo de la evolución humana se ha ido convirtiendo en las últimas décadas en un modelo con unos cimientos cada

vez menos sólidos. Ni el triunfante y agresivo cazador de enormes animales, ni la sumisa y pasiva hembra, parecen tener mucho que ver con lo que revelan hoy las últimas investigaciones (Adovasio, Soffer & Page, 2017). Pocas dudas quedan de que los añejos estereotipos sexistas utilizados para interpretar el pasado se están literalmente cayendo a trozos. A sensu contrario, todo parece indicar que los esfuerzos por conseguir que las distintas especies que nos precedieron puedan encajar dentro del comportamiento propio de la mayor parte de los humanos occidentales modernos sólo conducen a extravagantes errores (Fig. 8).



**Fig. 8.** Olga Soffer, antropóloga: «Los esfuerzos por conseguir que las distintas especies que nos precedieron puedan encajar dentro del comportamiento propio de la mayor parte de los humanos modernos sólo conducen a extravagantes errores».

No obstante, cambiar los modelos clásicos de interpretación requiere una reevaluación general de ideologías y militancias que poca gente, tanto los especialistas en la materia y los que no lo son, está dispuesta a reconsiderar, y no digamos a rectificar y asumir. Por ello, aunque no haya evidencias de que nuestros antepasados varones capturaran enormes animales salvajes, el discurso androcéntrico sigue estando presente en demasiadas ocasiones.

De lo expuesto se desprende que es imperativo revisar orígenes y difundir una enérgica réplica que impida la pervivencia de vetustos modelos anclados en un considerable número de foros, de los muchos hoy abiertos. Urge despertar y estimular el espíritu crítico y los nuevos hallazgos ante modelos como el androcéntrico de ese hombre cazador, cuya extraordinaria difusión, insistimos, tanto entre expertos y a nivel popular ha sido realmente «contaminante» en lo interpretativo y relatado. Recordemos que las ortodoxias dominantes pueden tener los pies de barro, sobre todo si se construyen sobre creencias y no evidencias.

### **Las recolectoras: ¿es que sólo han evolucionado los hombres?**

Desde la perspectiva que da el tiempo, hoy puede afirmarse que en la primera mitad del siglo XX disciplinas como la antropología, la arqueología, la paleontología, la prehistoria o la biología, sirvieron todas de paraguas para explicar la vida de los primeros humanos según modelos repletos de asunciones sobre los hombres y las mujeres occidentales actuales.

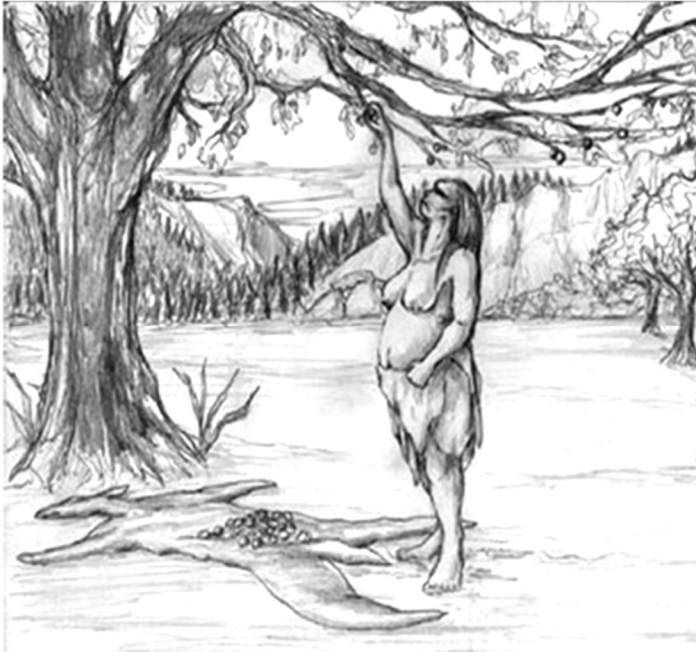
Proyectar la ideología de la sociedad moderna a los tiempos pasados dio origen, según numerosas expertas y expertos, a la poco realista tesis de un hombre paleolítico aprovisionador y una mujer dependiente. Pese a que ese razonamiento no se sustenta ni se refleja en datos científicamente obtenidos, ha mantenido su vigencia largo tiempo debido en esencia a la falta de cuestionamientos críticos y de un simple examen más profundo de los hechos (Gómez, 2004).

A partir de la década de 1970, gracias a que un elevado número de graduadas bien formadas comenzaba a egresar de las universidades, empezó por fin a investigarse, inicialmente en los Estados Unidos y posteriormente en muchos otros países, sobre la participación de las mujeres en los orígenes de la humanidad con un rigor científico que nunca se había seguido antes.

Puntualicemos. La prestigiosa antropóloga feminista norteamericana Sally Linton Slocum fue una de las primeras estudiosas que contribuyó a sacar a la luz el minusvalorado papel asignado a las mujeres en la evolución humana. En 1975 publicó un notable trabajo titulado: *La mujer recolectora: el sesgo masculino de la antropología*, que ponía en duda que las actividades de la caza masculina hubiesen sido el medio principal de subsistencia de los homínidos y, al mismo tiempo, enfatizaba la actividad recolectora femenina (Fig. 9). Recordemos que el término *hominino* hace referencia a todos los miembros del linaje humano, esto incluye a los simios que caminan sobre las extremidades posteriores y poseen un cerebro grande.

Esta investigación tuvo una profunda influencia porque estableció las bases para un examen mucho más detallado del papel de las mujeres en las

sociedades del pasado, y también en las actuales. En el contexto de estos nuevos retos, dos científicas, Nancy Tanner y Adrienne Zihlman, profesoras de la Universidad de California, escribieron sobre los orígenes humanos utilizando la nueva información que estaba emergiendo por fechas ya recientes.



**Fig. 9:** Modelo de la mujer recolectora. Con los datos recogidos a partir de un amplio espectro de líneas de investigación, diversas científicas expusieron un abundante número de razones para sostener que, durante el proceso de la evolución las mujeres habían sido contribuyentes fundamentales en la dieta alimenticia y, por lo tanto, activas participantes en la subsistencia.

Entre 1976 y 1978, las citadas Tanner y Zihlman concentraron su atención en los primeros homínidos y en cuáles podían haber sido las actividades y funciones femeninas. A medida que sus observaciones avanzaban, el hegemónico papel dominante de la caza se iba tornando cada vez más dudoso. Con los datos recogidos a partir de un amplio espectro de líneas de investigación (que comprendía trabajos de campo con primates no humanos, datos etnográficos, estudios de anatomía comparada, indagaciones de paleontología y de prehistoria), estas científicas expusieron un abundante número de razones para sostener una nueva tesis sobre el proceso evolutivo: las mujeres habían sido contribuyentes fundamentales en la dieta alimenticia y, por lo tanto, activas participantes en la subsistencia.

Según Tanner y Zihlman, un gran número de especialistas había pasado por alto que la alimentación humana no pudo haberse basado sólo en la carne y, siguiendo este razonamiento, sugirieron que, si la caza era tarea masculina, probablemente la búsqueda de sustento de origen vegetal habría sido una actividad femenina, lo que desmentía su supuesto sedentarismo y pasividad propios de los modelos más antiguos. En este contexto, junto a otras científicas norteamericanas, se consolidó el modelo de «la mujer recolectora» con el objetivo prioritario de demostrar la importancia de la recolección en la dieta de los homínidos y en su comportamiento en general.

El nuevo modelo, como era de esperar, generó un considerable revuelo, y aquí es necesaria una matización. Dado que la mujer recolectora se articuló en los años setenta, ciertos autores pretendieron teorizar sobre su vínculo con el movimiento feminista de esa época. Así, algunos alegaron que constituía un producto del clima social del momento, que estaba impregnado de las tendencias de la moda dominantes y que carecía de rigor científico. Como resultado de estos argumentos, la tesis de la recolectora fue despreciada o ignorada por muchos paleoantropólogos (la mayoría hombres), limitándola a un mero contraataque feminista al hombre cazador.

Llama notablemente la atención que hubiera autores que aseverasen que la mujer recolectora no era resultado de una interpretación viable y objetiva de los datos, y por ello se creyeron con autoridad suficiente como para tachar el modelo de demasiado «ginocéntrico», con sesgo femenino, concluyendo con su erudición que no podía tomarse en serio. Paradójicamente, sin embargo, la tesis del hombre cazador no era merecedora de tales críticas, pese a ser profundamente androcéntrica y carecer de datos rigurosos en los que basarse (Zihlman, 1997). Una dialéctica de «trincheras» que especulaba sobre la materia alimenticia, algo que era lo sustancial.

### **Mitos que se derrumban**

Las investigaciones posteriores a la década de los setenta han puesto de manifiesto, sin embargo, que tanto el modelo del cazador como el de la recolectora son claramente especulativos (Adovasio *et al.*, 2007). Esto quiere decir que, en lo que respecta a la división del trabajo y sus fines, ninguno de estos dos modelos está apoyado en datos científicos que los avalen. No obstante, sí resulta claro que la caza organizada de grandes animales no fue el motor de la evolución, pues se trata de una actividad muy posterior al propio formato humano.

De los últimos estudios emana, y es muy importante subrayarlo, que en realidad no existen razones biológicas por las que las mujeres no hubiesen podido participar en la captura de animales, e igualmente, no hay argumentos para pensar que los hombres sean incapaces de recolectar alimentos de origen

vegetal. O, dicho de otra manera, no hay coartada biológica para dividir el trabajo en función del sexo, y por lo tanto esa segregación debería considerarse un producto procedente de postulados socio-culturales insertos en tiempos contemporáneos. Si el hacerse con alimentos era evidentemente lo primordial, resulta muy rebuscado buscar culturizar estrategias de aprovisionamiento.

## **El papel de la dieta en la evolución humana**

Desde que comenzaron los estudios sobre los orígenes de la humanidad, un aspecto importante de las investigaciones ha sido la reconstrucción de la dieta de los homínidos (Ungar *et al.* 2006). Las versiones sobre qué comían aquellos lejanos antepasados han cambiado considerablemente en los últimos 50 años, aunque pese a los múltiples debates generados, aún no existe consenso entre especialistas.

Hasta hace unas pocas décadas, la mayoría de los evolucionistas consideraba que la humanidad se desarrolló y evolucionó gracias a una alimentación primordialmente carnívora, que habría permitido a los homínidos aumentar el tamaño de su cerebro y de su cuerpo sin perder movilidad, agilidad o sociabilidad. Hoy, sin embargo, cada vez más autores sostienen que la carne ha sido sobrevalorada; concretamente, existen vegetales igualmente válidos o complementarios como fuente de alimentos de alta calidad y, además, los efectos de este tipo de nutrientes en el éxito evolutivo probablemente habrían sido alternativos a una exclusiva dependencia cárnica.

Como señalaba en 2012 la investigadora del Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana (CENIEH, Burgos), Ana Mateos Cachorro, la evolución humana está fuertemente relacionada con ciertos rasgos biológicos, pero también lo está con comportamientos alimenticios. Gran parte de los éxitos adaptativos de nuestro linaje pueden atribuirse a las habilidades de aprovisionamiento, preparación y consumo de alimento a través de un abanico más o menos dilatado de recursos.

## **Las plantas en la alimentación de los homínidos**

La antropóloga norteamericana, profesora de la universidad alemana de Tübingen, Linda R. Owen, forma parte desde finales de la década de 1990 del grupo de expertos y expertas que sostienen que la importancia de las plantas en la dieta de los homínidos ha sido habitualmente subestimada (Fig. 10). Pese a que a menudo se han descrito como comida suplementaria o de emergencia, los estudios más cuidadosos reflejan con claridad que los

alimentos de origen vegetal jugaron un papel vital en las dietas, no solo por su capacidad nutritiva, sino también porque añaden variedad. Y la variación, como es conocido, juega un papel muy importante en la nutrición humana (Owen, 2014).



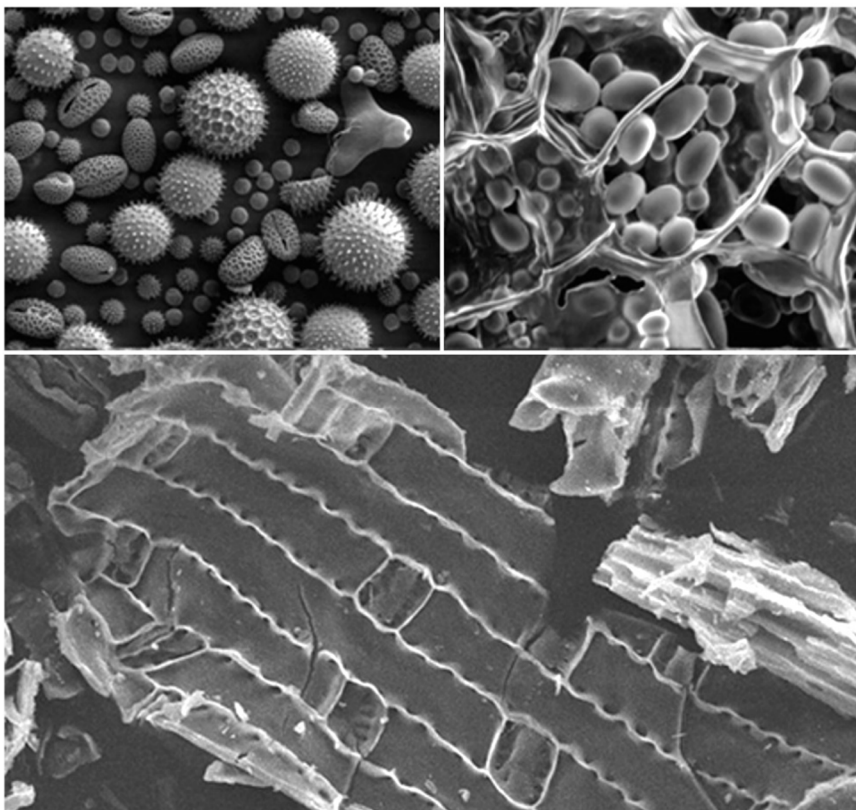
**Fig. 10.** Linda Owen, antropóloga: «Cada vez más estudios reflejan con claridad que los alimentos de origen vegetal jugaron un papel vital en las dietas de nuestros antepasados, no solo por su capacidad nutritiva, sino también porque añaden variedad. Y la variación, como es conocido, juega un papel muy importante en la nutrición humana».

En el nuevo ámbito de investigación y debates en que están sumidos los estudios sobre la evolución humana, han cobrado notable relevancia los microfósiles vegetales, porque pueden indicar el empleo de plantas con fines alimenticios, y también de otro tipo de usos. Estos pequeños fósiles son restos microscópicos con una morfología tan definida que los expertos y expertas pueden identificar con certeza de qué vegetal proceden. Incluyen granos de polen, fitolitos, granos de almidón y otras formas menos conocidas (Fig. 11).

Los granos de polen constituyen el gameto reproductor masculino. Los fitolitos son pequeños depósitos minerales formados en las hojas, cáscaras, tallos, frutos y en algunos órganos subterráneos, como raíces, rizomas o tubérculos. Por su parte, los granos de almidón son hidratos de carbono de reserva energética que se depositan formando corpúsculos principalmente en las semillas u órganos subterráneos (Evert, 2006).

Desde el punto de vista arqueológico, los granos de almidón, fitolitos y granos de polen tienen gran valor porque son restos perdurables que las

plantas dejan tras sí cuando mueren y se descomponen. Aunque conocidos desde hace tiempo, su estudio ha ido avanzando intensamente en las últimas décadas, lo que ha convertido a estas partículas vegetales en una poderosa herramienta para intentar deducir el uso humano de las plantas y, también para reconstruir los ambientes del pasado (Owen, 2005).



**Fig. 11.** Los microfósiles vegetales son restos microscópicos con una morfología definida que permite identificar con certeza de qué vegetal proceden. Incluyen principalmente granos de polen, fitolitos, granos de almidón. De arriba a abajo y de izquierda a derecha: granos de polen de varias especies, granos de almidón en células de patata y fitolitos de *Pennisetum purpureum*.

La recuperación de ecosistemas antiguos ha significado un gran impulso renovador porque constituye el punto de partida para conocer los diferentes recursos alimenticios que los homínidos tenían a su alcance y las estrategias que seguían para aprovecharlos. Además, también ayuda a visualizar la complejidad de su comportamiento, qué tipo de organización social tenían y, en definitiva, su capacidad para adaptarse al entorno que habitaron.

## ¿Qué nos dice el registro fósil?

Los restos de homínidos, excavados a lo largo de décadas de innumerables investigaciones y en múltiples yacimientos, conforman un registro fósil muy diverso y de gran valor para la ciencia. Los hallazgos incluyen sobre todo huesos del cráneo y del esqueleto poscranial (del cuello hacia abajo) en distintos grados de conservación. Pero no son los únicos remanentes; en los yacimientos también afloran otros materiales de gran valía para reconstruir vidas y entornos.

Entre los fósiles más abundantes disponibles en paleoantropología destacan los dientes (Fig. 12); a partir de ellos se han obtenido datos reveladores sobre el ambiente en que vivieron nuestros antepasados y sobre los posibles recursos alimenticios que explotaron y fueron parte de sus vidas (Henry, 2012)

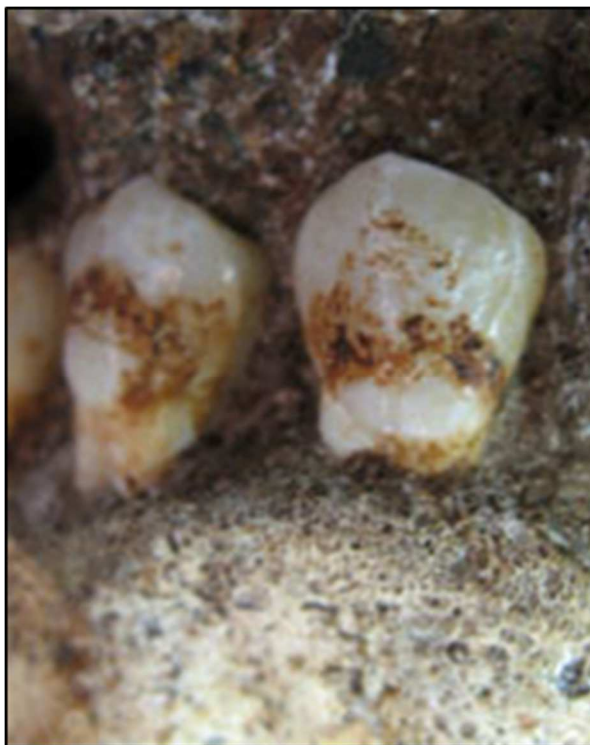
Señalemos que los cambios evolutivos que han tenido lugar en la dentadura pueden asociarse a modificaciones en el tipo de dieta. Por ejemplo, los alimentos consumidos, en función de su dureza, dejarán marcas en la superficie dental más o menos intensas (Rosas *et al.*, 2013) y, como consecuencia, generan rasgos vinculados al tipo de desgaste: es el llamado microdesgaste que puede detectarse al microscopio. También el tamaño relativo de los dientes fósiles o su análisis químico pueden ofrecer pistas sobre el tipo de alimentación.



**Fig. 12.** Entre los fósiles más abundantes disponibles destacan los dientes; a partir de ellos se han obtenido datos reveladores sobre los posibles recursos alimenticios que explotaron nuestros antepasados y que fueron parte de sus vidas.

Un componente específico de los dientes es la placa dental, también llamada cálculo dental o «sarro», que se deposita en la dentadura (Fig. 13). Esta placa posee un inesperado valor como indicio o reservorio de información sobre las dietas del pasado. Se forma como consecuencia de la precipitación de minerales en la superficie de los dientes que, en presencia de la saliva atrapa y preserva muchos componentes del entorno, incluyendo bacterias y diversas partículas alimenticias. Todos estos restos con el tiempo se mineralizan y se adhieren fuertemente a la dentadura; cuando el individuo muere se conservan en el contexto arqueológico durante largos períodos de tiempo (Henry, 2012).

Mediante el uso de test bioquímicos y observaciones al microscopio, la placa dental ofrece una fuente fiable de granos de almidón, fitolitos, granos de polen..., entre otros restos, permitiendo inferir de manera directa algunos detalles biográficos de poblaciones humanas antiguas. Los resultados procedentes de numerosos estudios realizados sobre la citada placa han demostrado que los homínidos consumían una gran variedad de plantas disponibles en su entorno.



**Fig. 13.** Un componente específico de los dientes es la placa dental, también llamada cálculo dental o «sarro», que se deposita en la dentadura. Esta placa posee un notable valor como indicio o reservorio de información sobre las dietas del pasado.

Si bien es cierto que los materiales vegetales tienen una naturaleza relativamente perecedera, los últimos hallazgos muestran que los restos de las plantas están casi siempre presentes en los contextos arqueológicos (Adovasio *et. al*, 2007). Diversas indagaciones realizadas sobre polen, esporas, fitolitos, granos de almidón, semillas y otros restos vegetales revelan la variedad de plantas que existieron en regiones habitadas, al tiempo que contribuyen a mejorar nuestros conocimientos sobre la nutrición prehistórica y a percibir otros usos del material vegetal.

La asombrosa complejidad dietética revelada por estudios cada vez más numerosos, están contribuyendo en gran medida a derrumbar la estereotipada imagen de aquellos poderosos cazadores luchando denodadamente contra enormes animales como el mamut o el tigre de dientes de sable, para conseguir carne como alimento fundamental.

Lo expuesto es solo un pequeño botón de muestra de la imagen renovada que viene surgiendo con fuerza en los últimos años sobre el valor de las plantas, hasta ahora minusvalorado por la investigación convencional sobre las poblaciones ancestrales. Y por añadidura, el panorama se enriquece aún más porque las indagaciones recientes sobre la dieta antigua no se han centrado solo en el reino vegetal. También el variado uso de alimentos de origen animal, ha explorado otra sugerente senda, reveladora de una nueva dimensión en los hábitos alimenticios de esos ancestros y fauna cohabitante.

### **Los animales pequeños en la dieta**

En las últimas décadas, numerosas expertas, apoyadas por algunos colegas varones, han empezado a poner en tela de juicio que nuestros antepasados obtuvieran carne para su alimentación gracias a memorables cacerías en las que participaban solo los hombres. Pese a que tradicionalmente los mamíferos pequeños (menores de 20 kg), es decir, las aves, los insectos o los animales acuáticos, se han considerado como recursos menores con poco valor, y por lo tanto apenas se han tenido en cuenta, hoy se asume que con toda probabilidad representaron una rica fuente alimenticia que los homínidos seguramente supieron explotar (Owen, 2005).

Concretamente, en la Península Ibérica se han encontrado diversos yacimientos confirmando que, al menos durante el Paleolítico Medio (hace entre 300.000-40.000 años), la dieta humana incluía animales de pequeño tamaño. En la costa gibraltareña, por ejemplo, existen diversos refugios, como la cueva de Gorham situada al este sobre el Mediterráneo, donde un equipo del Museo de Gibraltar, dirigido por el acreditado zoólogo y paleontólogo Clive Finlayson, tras años de novedosas investigaciones, parece confirmar que los habitantes del lugar eran un grupo humano que sabía

aprovechar muy bien el ambiente en que vivían incluida la fauna presencial (Finlayson, 2010).

Según ha podido detectar el citado equipo del museo, en el sur de Europa los mamíferos de gran talla representaban en el pasado sólo un componente escaso del total de alimento disponible. De hecho, sus resultados muestran que más del 80% de los huesos conservados en las cuevas y que probablemente servían de alimento, pertenecían a conejos, liebres y otros animales de poca talla.

En el año 2014, la historiadora española experta en arqueología Ruth Blasco, y Clive Finlayson, junto a otros colegas, publicaron un artículo en el que mostraban que las palomas silvestres (*Columba livia*), formaron parte de la dieta neandertal (Fig. 14). Llegaron a dicha conclusión tras analizar cuidadosamente diversos huesos de estas aves, descubiertos en la cueva de Gorham, en los que detectaron marcas de cortes resultantes del uso de herramientas líticas, lo que puede indicar que aquellas aves habrían sido descuartizadas. Asimismo, también aparecen huellas de dientes humanos. Todo ello pone de manifiesto, según la investigadora, que los animales pequeños podrían haber formado parte de la dieta de los homínidos (Blasco, 2014).



**Fig. 14.** En el año 2014, la arqueóloga Ruth Blasco y el paleontólogo Clive Finlayson, tras analizar cuidadosamente restos óseos en la cueva de Gorham (Gibraltar), demostraron que las palomas silvestres (*Columba livia*) formaron parte de la dieta neandertal.

A lo expuesto hay que añadir que se han recogido y publicado numerosas evidencias de que los animales acuáticos, como moluscos, peces y mamíferos, constituyeron una importante fuente alimenticia para aquellas

poblaciones de homínidos que habitaron en las proximidades de lagos, lagunas, ríos o mares (Stringer, 2008). En las cuevas gibraltareñas, se han encontrado significativas evidencias del procesado y consumo no solo de moluscos, sino también de peces y de mamíferos marinos, como focas monje del Mediterráneo (*Monachus monachus*), por parte de los pobladores del lugar de hace entre 300.000-40.000 años (Paleolítico Medio) (Fig. 15).

Es necesario tener presente que los restos de animales pequeños (liebres, zorros, conejos, perdices, faisanes, codornices, patos, gansos, peces, moluscos y un largo etcétera) son evidentemente más difíciles de encontrar y analizar que los grandes, y por ello hay más dificultades para testificar su intensidad de uso y calidad como fuente de alimentación. Además, es cierto que aún resta por calibrar un enorme trabajo (recoger, sintetizar y revisar toda la información que existe al respecto). Sin embargo, hoy se cuenta cada vez con más señales que indican que su papel en la dieta de los homínidos fue de notable importancia (Adovasio *et al.*, 2007). Probablemente, mucho mayor de la que los «modelos oficiales» están dispuestos a sostener con su fijación en el sustento proporcionado por las grandes especies.



**Fig. 15.** En las cuevas gibraltareñas se han encontrado significativas evidencias del procesado y consumo por parte de los pobladores del lugar (hace entre 300.000-40.000 años) de moluscos, peces y mamíferos marinos, como focas monje del Mediterráneo (*Monachus monachus*).

En suma, el nuevo escenario que conforman los datos más recientes nos permite constatar que identificar la caza solo masculina de grandes animales como mamuts, tigres u osos gigantes, con el motor de la evolución humana, ha sido un modelo producto de un imaginario sexista carente del suficiente rigor científico. El número de yacimientos que refuerzan la estrategia de explotación de un amplio abanico de recursos crece día a día, dejando, una vez más, al «gran cazador» acorralado entre los mitos de la prehistoria.

## **La arqueología: interpretando utensilios antiguos**

La arqueología es una disciplina científica fundamental para desentrañar cómo se han desenvuelto las vidas de los pueblos más o menos lejanos en el tiempo. Tiene como fin el estudio e interpretación de los restos materiales, tanto remotos como más recientes, que son resultado de la actividad humana, pues constituyen el único medio disponible para acceder a la mayor parte de nuestro pasado, ya que, no debemos olvidarlo, el 90% del mismo transcurrió sin sistemas de escritura (Adovasio *et al.*, 2007).

Los restos arqueológicos se llaman *artefactos* y su conjunto recibe el nombre de *registro arqueológico*, el cual ha ido creciendo con el tiempo y hoy es en su análisis altamente complejo y variado.

La arqueología de género es una especialidad relativamente reciente que se ocupa de recuperar a la mitad femenina de los diversos pueblos del mundo, altamente oculta y olvidada hasta hace muy poco tiempo debido a la dominante visión exclusivamente masculina de nuestro pasado (Sanahuja, 2002).

Un aspecto destacado de la arqueología de género radica en denunciar el profundo arraigo alcanzado por el discurso androcéntrico que nos ha transmitido la idea de que quienes manipulaban las piedras, u otros materiales, eran afanados varones intensamente dedicados a la difícil tarea de la talla, minusvalorando o ignorando la participación femenina (Sanahuja, 2002). En la actualidad, cada vez resulta más difícil mantener esas visiones sexistas de las sociedades antiguas. Nuevas formas de interpretar los datos desde perspectivas más holísticas y englobadoras están abriendo, no sin obstáculos y muchos esfuerzos, prometedores y sugerentes caminos ampliando horizontes a otras miradas.

### **¿Sólo los hombres fabricaban herramientas?**

Los modelos más tradicionales han dado por hecho que, debido a su menor fuerza física y escasa creatividad, las mujeres supuestamente eran incapaces de tallar la piedra o cualquier otro material. A lo sumo, como ha denunciado en diversas ocasiones la arqueóloga y profesora de la Universidad de Berkeley, Margaret Conkey, a las féminas se les ha concedido aptitud para generar una tecnología poco hábil y de mínima calidad en comparación con la masculina (Conkey, 1997).

Parece lógico inferir, sin embargo, que en las sociedades paleolíticas nadie podía permanecer ocioso y que la lucha por la supervivencia implicaba inevitablemente el uso de herramientas para hacer más eficiente la labor de contribuir y supervivir. En este contexto, resulta inverosímil que las mujeres,

necesariamente activas en un entorno duro y en ocasiones probablemente difícil u hostil, cada vez que necesitasen una herramienta tuvieran que pedirle a un compañero varón que se las hiciera o que se las reparara. Lo más razonable es pensar que ellas, que eran inteligentes y fuertes, fuesen capaces de elaborar, manejar y mantener sus propios utensilios (Fig. 16).

En este contexto, Margaret Conkey pronunciaba una frase que resonó en los oídos de la comunidad científica: «No podemos interpretar el material acumulado durante miles de años afirmando que todo él está relacionado con actividades masculinas». Ciertamente, Conkey formó parte de aquellas profesionales que denunciaron con voz alta y clara que la existencia de un paradigma científico presidido por lo masculino era el principal responsable de la ausencia y/o invisibilidad de las mujeres en las sociedades del pasado (Conkey, 1997).

Por su parte, la arqueóloga de la Universidad de Tübingen, Linda Owen, tras cuidadosas investigaciones etnográficas, ponía de manifiesto en 2005 que las mujeres de gran número de sociedades del Ártico y Subártico son capaces de grabar o cincelar por sí mismas diversos materiales, ya fueran la piedra, el marfil o cualquier otra materia prima.



**Fig. 16.** El registro arqueológico disponible no permite afirmar quien elaboró los utensilios descubiertos.

Con posterioridad, partiendo de una argumentada crítica hacia la concepción sesgada que asocia el trabajo de la piedra al hombre y al cazador de manera exclusiva y monolítica, la antropóloga Kathryn Weedman Arthur, en 2010 demostraba que tal asociación es más bien fruto de lugares comunes, ideología y prejuicios historiográficos, y no de hechos probados.

Mediante un riguroso trabajo de investigación, basado en la observación de un grupo de mujeres Konso (sur de Etiopía), Kathryn W. Arthur ha demostrado que ellas tallan, usan y desechan diversas herramientas de piedra. Dado que la tecnología lítica de estas mujeres demuestra un excelente nivel de habilidad, el cual queda reflejado en la calidad de los conjuntos de utensilios que producen, la investigadora sugiere que los arqueólogos deberían considerar que las mujeres del Paleolítico muy bien podrían haber sido responsables al menos de una parte de las primeras tecnologías líticas conocidas (Arthur, 2010).

Kathryn W. Arthur concluye que el trabajo de las mujeres Konso ofrece «una alternativa al modelo del hombre fabricante de herramientas y redefine los roles de género occidentales considerados “naturales”» (Fig. 17). Como consecuencia, Kathryn W. Arthur concluye que no hay coartada biológica para hacer segregaciones en función del sexo, y por lo tanto tales divisiones solo son elucubraciones nacidas desde postulados socio-culturales cargados de prejuicios.

En suma, son diversas las investigaciones que prueban, y es muy importante subrayarlo, que no existen razones biológicas por las que las mujeres no puedan tallar la piedra o cualquier otro tipo de material. Esta deducción concluyente, contrapone su aseveración al argumento convencional y masculinizador de que ellos monopolizaban la construcción y eventuales usos de esos útiles que ayudaban a sobrevivir y prosperar.

### **La división sexual del trabajo: ¿Jerarquías laborales en el Paleolítico?**

Durante largo tiempo, la mayoría del colectivo académico masculino ha sostenido que la separación de tareas en función del sexo se habría originado por diferencias biológicas y, por tanto, sería un hecho universal que justifica que las mujeres solo realizaran una serie limitada de actividades «propias de su sexo». Actualmente, sin embargo, distintas autoras, apoyadas por cada vez más colegas varones y basándose en los hallazgos más recientes, insisten en que la división sexual del trabajo debe considerarse un constructo social, o sea, una actividad que no es innata sino el producto de la historia cultural y contextual en sus diversas dimensiones (Owen, 2014).

Como apuntaba en 2004 la profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona, Verena Stolke, ya en los años 30, la conocida antropóloga estadounidense Margaret Mead (1901-1978) había expuesto una reflexión sobre la división sexual de los roles sociales. La experta mantenía que los roles reputados como femeninos y masculinos lo eran, esencialmente, por cuestión de convenciones culturales, ya que son objeto de aprendizaje en todas las sociedades. Además, señalaba, algunas sociedades mal llamadas

«primitivas» viven de manera mucho más armoniosa e igualitaria que las nuestras (Mead, 1935).



**Fig. 17.** Kathryn W. Arthur (2010) concluye que no hay coartada biológica para hacer segregaciones en función del sexo, y por lo tanto tales divisiones solo son elucubraciones nacidas desde postulados socioculturales cargados de prejuicios. El trabajo de las mujeres Konso (Etiopía), ofrece una clara prueba de que las mujeres puedan tallar la piedra o cualquier otro tipo de material.

Sin pretender profundizar en los debates inherentes a un tema complejo y muy extenso, sí creemos necesario incorporar a la cuestión una faceta significativa: si en algún momento a lo largo de nuestra historia evolutiva, las mujeres y los hombres empezaron a desempeñar labores distintas, tal cosa

no tendría inexorablemente que implicar que unas tareas fueran socialmente más valoradas que otras.

En otras palabras, la división del trabajo en función del sexo no conduce necesariamente a la subordinación de un colectivo frente a otro. La comunidad académica, sin embargo, al equiparar diferentes tareas con jerarquías de desigualdad, ha impulsado y fortalecido esa tendencia generalizada que presupone la universalidad del dominio masculino, provocando importantes distorsiones al interpretar los orígenes de las sociedades humanas.

La antropóloga Margaret Ehrenberg, en su libro *Mujeres en la Prehistoria*, considerado por diversos autores como una valiosa fuente de información y análisis de evidencias antiguas, fue una de las pioneras en sostener que entre los primeros homínidos recolectar productos de origen vegetal o conseguir carne, eran actividades que tenían igual valor para la supervivencia del grupo, y por tanto quienes más recolectaban disfrutaban del mismo estatus que quienes aportaban alimentos de origen animal. Las tareas serían entonces complementarias o diferentes, pero igualmente necesarias y valoradas (Ehrenberg, 1989).

Las tesis más recientes sostienen que no hay razones para suponer que todas las sociedades del pasado presentaran la opresión de un sexo por el otro (Lents, 2015). Es posible que en muchas colectividades estratificadas las posiciones más altas en cualquier campo pudieran estar abiertas a favorecer a unos u otras. Muy bien pudo existir, en muchos supuestos, una convivencia igualitaria en vez de caracterizada por el dominio masculino. La opresión de los hombres sobre las mujeres no habría sido tan universal como tradicionalmente se ha creído: nuevos hallazgos que estimulan el debate. La necesidad de cooperación relegaría a la subordinación de papeles, en múltiples las tareas.

La polémica sobre la división sexual del trabajo y sus orígenes encendió aún más el debate en 2006 debido la publicación de un artículo firmado por los antropólogos de la Universidad de Arizona, Steven L. Kuhn y Mary C. Stiner. Tras un minucioso estudio de numerosos huesos fósiles de *Homo neanderthalensis*, detectaron que estos huesos presentaban diversas cicatrices, probablemente resultantes de fracturas producidas por la dureza de las condiciones de vida de aquellos humanos (Kuhn & Stiner, 2006).

Los autores separaron los restos óseos procedentes de hombres y de mujeres y los analizaron con gran detalle. Tras sus metódicas observaciones, llegaron a la conclusión de que no había diferencias en la morfología ni en el patrón de las cicatrices encontradas en los restos de uno y otro sexo. Interpretaron este hecho asumiendo que tal similitud sólo podía atribuirse a que las heridas óseas tenían un origen muy parecido y que, por lo tanto, supuestamente las mujeres y los hombres neandertales llevaban vidas semejantes y realizaban trabajos análogos (Fig. 18).



**Fig. 18.** Los esqueletos de las mujeres neandertales estaban tan robustamente contruidos que parece improbable que ellas simplemente se sentaran en casa cuidando a sus hijos.

Además, Kuhn y Stiner certificaron que la evidencia empírica señalaba que las mujeres neandertales eran personas fuertes y autosuficientes, muy parecidas anatómicamente a sus compañeros varones. Esas pruebas contradecían el atribuido comportamiento sedentario femenino, una hipótesis que resultaba, cuanto menos, poco coherente. En palabras de los investigadores: «Los esqueletos de las mujeres neandertales estaban tan robustamente contruidos que parece improbable que ellas simplemente se sentaran en casa cuidando a sus hijos» (Kuhn & Stiner, 2006).

En suma, en la cultura neandertal los hombres y las mujeres dan la impresión de haber realizado labores muy semejantes entre sí, lo que no impediría, advierten los científicos, que desempeñaran algunas labores diferentes. Eso sí, siempre dentro de un esquema general compartido.

En los últimos años, también se han realizado estudios basados en el examen de los dientes fósiles y en el patrón del desgaste dental observado. Un equipo español, compuesto por la doctora en paleontología Almudena Estalrich y el acreditado experto en neandertales, profesor de investigación del CSIC y director del grupo de paleoantropología del Museo Nacional de Ciencias de la Naturaleza (Madrid), Antonio Rosas, publicaban en 2015 un interesante estudio centrado en los dientes fósiles de *Homo neanderthalensis* y su posible relación con la división sexual del trabajo (Fig. 19).



**Fig. 19.** Antonio Rosas y Almudena Estalrich muestran una ilustración en la que los neandertales se ayudan de la boca, como si se tratara de una «tercera mano», para realizar diversas tareas. (Comunicación CSIC).

La investigación desvelaba un perceptible desgaste dental en los incisivos y los caninos; unas marcas que sugerían que los neandertales habrían usado la dentadura para manipular objetos al sujetarlos o sostenerlos con la boca tal como si fuese una «tercera mano». Lo sorprendente de este estudio fue que ambos sexos presentaban huellas ligeramente distintas. Diferencias en el desgaste que, aunque sutiles, parecen indicar que las mujeres y hombres neandertales utilizaban sus dientes con fines algo distintos. Cabría entonces pensar que aquellos humanos dividían algunas de sus faenas entre mujeres y hombres (Estalrich & Rosas, 2015). Y siendo esto así, tampoco lo sería la pretendida subordinación femenina.

Los autores no tienen claro qué actividades eran las que realizaba cada género, pero suponen que la especialización o división del trabajo solo estaba limitada a unas pocas labores. «Lo que hemos descubierto ahora es que las estrías detectadas en las piezas dentales de las mujeres adultas son más largas que las encontradas en los hombres adultos. Por eso suponemos que las tareas que realizaban eran diferentes», puntualiza Antonio Rosas.

Dado que los fósiles de neandertales con que hoy se cuenta revelan que las mujeres eran fuertes y vigorosas, parece razonable pensar que con toda probabilidad ellas participaban en la vida comunitaria como sujetos activos, trabajando codo con codo junto a los hombres con el fin de sobrevivir en aquellos ecosistemas tan duros y difíciles.

## **Comentario final: piezas destacadas que articulan la complejidad del tema**

El conocimiento hoy disponible pone de manifiesto cada vez con más coherencia que las mujeres han desarrollado múltiples actividades durante la evolución de nuestro linaje. Es probable que en el pasado los quehaceres masculinos no tuviesen mayor protagonismo ni centralidad que los femeninos y, por lo tanto, la separación y jerarquización de las tareas no habría sido tan universal, antigua y natural como se ha creído.

No obstante, los estereotipos sexuales continúan aún vigentes en nuestra sociedad, pese a que diversos estudios realizados en las últimas décadas han puesto claramente en tela de juicio la imagen reinante hasta hace poco sobre la insignificancia del papel económico y cultural de las mujeres en las sociedades paleolíticas. De hecho, sirven de pretexto argumental a cierto número de investigadores que pretenden, a partir de estereotipos anquilosados y cuestionados, adjudicar determinadas funciones sociales a las mujeres del pasado. Se trata de un forzado intento por describir las sociedades antiguas (incluso muy antiguas) como si fueran un calco de la sociedad occidental del presente (el sesgo del presentismo). Una cantinela que termina distorsionando los orígenes ancestrales del comportamiento humano.

En suma, el añejo modelo femenino de sumisión, pasividad y dependencia, tan querido y alardeado por el pensamiento convencional, se está desmoronando con gran estruendo. Como resultado, cambia el paradigma dominante: surge toda una revolución y reconversión de ideas-fuerza en esa nueva mirada interpretativa.

Es verdaderamente sorprendente y hasta patético que, en la comunidad científica exista esa cerrazón pese a la evidencia empírica del comportamiento y protagonismo femenino. Actitud sujeta a imperativos y supuestos claramente androcéntricos. Algo que interpela más, mucho más, a los rasgos psicológicos y culturales de los personajes convencionales que a los hechos históricos.

### **Bibliografía**

- ADOVASIO, J.M., OLGA SOFFER & JAKE PAGE (2008). *El sexo invisible. Una nueva mirada a la historia de las mujeres*. Lumen. Barcelona.
- ARTHUR, KATHRYN WEEDMAN (2010). Feminine knowledge and skill reconsidered: women and flaked stone tools. *American Anthropologist* 112(2): 228-243.
- BLASCO, RUTH, C. FINLAYSON, J. ROSELL, A.S. MARCO, S. FINLAYSON & G. FINLAYSON (2014). The earliest pigeon fanciers. *Scientific Reports* 4(1): 1-7.
- CONKEY, MARGARET (1997). Mobilizing ideologies: Paleolithic “Art”, gender trouble and thinking about alternatives, pp: 172-207. En L. Hager (ed.), *Women in Human Evolution*. Routledge. London & New York.

- EHRENBERG, MARGARET (1989). *Women in Prehistory*. British Museum Publications. London.
- EICHLER, MARGRIT (1988). *Nonsexist research methods. A practical guide*. Allen & Unwin. Boston.
- ESTALRRICH, ALMUDENA & A. ROSAS (2015). Division of labor by sex and age in Neandertals: an approach through the study of activity-related dental wear. *Journal of Human Evolution* 80: 51-63.
- EVERT, R.F. (2006). *Esau. Anatomía Vegetal*. 3 ed. (Botánica). Omega. Barcelona.
- FINLAYSON, C. (2010). *El sueño del Neandertal*. Crítica. Barcelona
- GÓMEZ, AMPARO (1995). Racionalidad y normatividad en el conocimiento científico. *Isegoría* 12:148-159.
- GÓMEZ, AMPARO (2004). *La estirpe maldita. La construcción científica de lo femenino*. Minerva Ediciones. Madrid.
- HAGER, LORI. (1997). Sex and gender in Paleoanthropology, pp: 1-28. En L. Hager (ed.), *Women in Human Evolution*. Routledge. London & New York.
- HENRY, AMANDA (2012). Recovering dietary information from extant and extinct primates using plant microremains. *International Journal of Primatology* 33: 702-715.
- HUBBARD, RUTH (1979). Have only men evolved?, pp. 7-36. En R. Hubbard, M.S. Henifin & B. Fried (eds), *Women look at biology looking at women*. MA: Schenkman. Cambridge.
- JOLY, ALISON (1997). Social intelligence and sexual reproduction: evolutionary strategies, pp: 262-269. En M. Morbeck, A. Galloway & A. Zihlman (eds.), *The evolving female. A life-history perspective*. Princeton University Press.
- KUHN, S.L. & MARY C. STINER (2006). What's a mother to do? The division of labor among Neandertals and modern humans in Eurasia. *Current Anthropology* 47(6): 953-981.
- LENTS, N. (2015). Did Neanderthals have gender roles in their division of labor? The Human Evolution Blog. <https://thehumanevolutionblog.com/2015/04/12/did-neanderthals-have-gender-roles-in-their-division-of-labor/>.
- MARTÍNEZ PULIDO, CAROLINA (2012). *La senda mutilada. La evolución humana en femenino*. Minerva-Biblioteca Nueva. Madrid.
- MATEOS CACHORRO, ANA (2012). Los orígenes de la alimentación humana: una perspectiva evolutiva. Centro de Investigación sobre la Evolución Humana (CENIEH). <https://cir.cenieh.es/handle/20.500.12136/2393>
- MEAD, MARGARET (1935). *Sex and temperament in three primitive societies*. W. Morrow & Company. New York. Peren. an impr. of HarperCollins Publ., 2003.
- OWEN, LINDA R. (2005). *Distorting the past: gender and the division of labor in the European Upper Paleolithic*. Kerns Verlag. Tübingen.
- OWEN, LINDA R. (2014). Clichés de la Edad de Piedra. *Mente y Cerebro* 67: 16-21.
- PÉREZ SEDEÑO, EULALIA (1999). Feminismo y estudios de ciencia, tecnología y sociedad: nuevos retos, nuevas soluciones, pp: 17-37. En M. Barral, C. Magallón, C. Miqueo & M.D. Sánchez (eds.), *Interacciones Ciencia y Género*. Icaria, Barcelona.

- QUEROL, MARÍA ÁNGELES & C. TRIVIÑO (2004). *La mujer en el origen del hombre*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.
- ROSAS, A., A. ESTALRRICH, S. GARCÍA-VARGAS, A. GARCÍA TABERNERO, R. HUGUET, C. LALUEZA-FOX & M. DE LA RASILLA (2013). Identification of Neandertal individuals in fragmentary fossil assemblages by means of tooth associations: The case of El Sidrón (Asturias, Spain). *Comptes Rendus Palevol* 12(5): 279-291.
- SANAHUJA YLL, MARÍA ENCARNA (2002). *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Cátedra. Madrid.
- SLOCUN, SALLY LINTON. (1975). Women the gatherer: male bias in anthropology, pp: 36-50. En R.R. Reiter (ed), *Toward an anthropology of women*. University of Illinois Press.
- STOLKE, VERENA (2004). La mujer es puro cuento: la cultura del género. *Revista de Estudios Feministas, Florianópolis* 12(2): 77-105.
- STRINGER, CHRIS J., C. FINLAYSON, R.N.E. BARTON, Y. FERNÁNDEZ-JALVO, I. CÁCERES, R.C. SABIN *et al.* (2008). Neanderthal exploitation of marine mammals in Gibraltar. *PNAS* 105(38): 14319-14324.
- TANNER, NANCY. & ADRIENNE ZIHLMAN (1976). Women in evolution: Part I: Innovation and selection in human origins. *Signs* 1(3): 585-608.
- UNGAR, P.S., F.E. GRINE & M.F. TEAFORD (2006). Diet in early *Homo*: A review of the evidence and a new model of adaptive versatility. *Annual Review of Anthropology* 35: 209-228.
- ZIHLMAN, ADRIENNE (1997). The Paleolithic glass ceiling: Women in human evolution, pp: 91-113. En L. Hager (ed.), *Women in human evolution*. Routledge. London & New York.